



Un poeta homosexual
y su hija en el
San Francisco
de los setenta

Alysia Abbott

FAIRYLAND

PENÍNSULA HUELLAS

Fairyland
Alysia Abbott

Un poeta homosexual y su hija
en el San Francisco de los setenta

Traducción de Juanjo Estrella

Título original: *Fairyland*

© Alysia Abbott, 2013

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2016

© de la traducción del inglés: Juanjo Estrella González, 2016

Las imágenes de este libro, excepto las que aparecen con el crédito correspondiente, forman parte del archivo personal de Alysia Abbott.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO - fotocomposición
EGEDSA - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 15.542-2016
ISBN: 978-84-9942-544-3

ÍNDICE

Prefacio	13
Prólogo	17
Primera parte: Cuentos de hadas	23
Segunda parte: Sin madre	57
Tercera parte: Madres prestadas	115
Cuarta parte: El terremoto	167
Quinta parte: Despedidas	249
Sexta parte: Volver	341
Epílogo	377
Nota de la autora	381
Lista de fuentes	383
Agradecimientos	387
Créditos	391

1

Siempre que mi padre describía el apartamento de dos habitaciones que compartía con mi madre en Peachtree Street, me contaba lo de los peces. Al principio, cuando se instalaron allí, tenían poco dinero para decorarlo. En subastas de desahucios habían ido adquiriendo alfombras orientales con curiosas manchas, tocadores antiguos que en su día habían sido elegantes y mesas auxiliares, y los llevaban a casa en una furgoneta prestada. El único dinero del que disponían, regalo de los padres de mi madre, se lo habían gastado en los peces tropicales que habían comprado en un solo día de entusiasmo romántico. En el recibidor de aquel apartamento había un gran acuario de gruesas paredes de vidrio en el que mantenían a sus peces ángel. Al otro lado de una cortina de cuentas, en la habitación que era el refugio de mi padre, había dos acuarios más. En uno de ellos, unos guramis besucones nadaban entre unos guppies azules y vedes, alrededor de unos arbolitos de plástico y de una figura minúscula de Neptuno cubierta de algas. En el acuario situado en la pared de enfrente nadaban unas pirañas sudamericanas, que mis padres alimentaban con carne cruda de hamburguesa todas las noches, antes de acostarse.

Cuando mis padres se conocieron durante una fiesta del SDS y mi padre le contó a mi madre que era bisexual, ella respondió: «Eso significa que puedes querer a toda la humanidad, y no solo a la mitad de ella». Corría el año 1968 y todo el mundo hablaba

de revolución. Mi padre acababa de regresar de un verano en París; la ciudad todavía se agitaba tras los disturbios de mayo, cuando los estudiantes gritaban: «Seamos realistas: pidamos lo imposible». Ahora, en los pasillos de las instituciones académicas estadounidenses, los estudiantes que se oponían a la guerra conseguían que se cerraran universidades, desde la californiana de Berkeley hasta la de Columbia.

Mi madre se sintió intrigada por el enfoque abierto que mi padre tenía de la sexualidad. Nunca le obsesionó que se enamorara de chicos, como sí les había ocurrido a sus otras novias. Solo sentía celos de sus relaciones con mujeres y, según papá, incluso le caían bien los chicos por los que él se sentía atraído. Los fines de semana iban al Cove y a otros bares gays y mixtos que se repartían más allá del centro de Atlanta. Allí, mi madre ligaba con los jóvenes a los que mi padre nunca habría conseguido atraer por sí mismo: hombres que jamás se habrían planteado un encuentro homosexual, pero que sí aceptaban hacer un trío cuando bebían más de la cuenta. En aquellos primeros años de la revolución sexual, era moderno que la gente joven probara combinaciones nuevas. A veces mi madre se vestía con ropa de hombre cuando salían. Mi padre me decía que parecía un chico guapo.

Otros fines de semana, mis padres organizaban cenas en casa, invitaban a amigos que participaban en los movimientos contrarios a la guerra y que estudiaban con ellos a comer espaguetis y a beber vino barato, y a jugar a las charadas. Mi padre anotaba que, al término de aquellas veladas, se sentía satisfecho, pues se veía a sí mismo y a mi madre como los organizadores de un grupo de alumnos intelectualmente comprometidos. Un día, mientras recogían las cosas después de una de aquellas reuniones, mi madre sugirió que se casaran. «Así los caseros no nos darán tanto la lata —razonó—. Llenaremos la casa de regalos de boda. Mis padres nos regalarán más dinero. Salvo en esas cosas, nuestra vida, en realidad, no cambiará.» En su

diario, mi padre escribió que ella siguió barriendo con furia el suelo de linóleo, «como si todos los cabos sueltos de nuestra vida pudieran meterse en un recogedor y echarse a la basura».

Mis padres se casaron el 20 de febrero de 1969, en el despacho de un juez de paz de Atlanta. No invitaron a ningún familiar a presenciar el acto. No hubo fotos de la boda. Al principio, la novedad de estar casados les gustaba. «Era como un juego, como una serie de televisión», escribió mi padre. Los dos bromaban muchas veces diciendo que él era como un pionero vestido de franela que llegaba a casa tras una dura jornada en la escuela, y ella su querida esposa, que le preparaba la cena y fregaba los platos mientras él regresaba a su arduo trabajo de alumno universitario y aspirante a escritor. Pero apenas unos meses después de la boda, su vida sí experimentó un cambio. Sus amigos estudiantes empezaron a distanciarse de ellos, suponiendo que, como se habían casado, tal vez quisieran estar solos. Y mi madre parecía cada vez más inquieta y aburrida del ambiente gay, así como a mi padre le aburría cada vez más el ambiente doméstico en casa.

A los cuatro meses de estar casados, mi padre se enteró de que en Nueva York, en Greenwich Village, había habido disturbios. En la madrugada del 28 de junio de 1969, una multitud de homosexuales y de travestis se había enfrentado a una redada policial rutinaria en Stonewall Inn, un bar gay regentado por miembros de la mafia situado en Christopher Street. Las noches siguientes, de enfrentamientos y manifestaciones, marcarían lo que para muchos sería el inicio del movimiento moderno en favor de los derechos de los homosexuales.

Motivado por esos acontecimientos y por su descubrimiento de la publicación cultural *Gay Sunshine*, mi padre, que por entonces era presidente del órgano de gobierno estudiantil de Emory, escribió una columna para el periódico de los estudiantes en la que declaraba públicamente su homosexualidad, experiencia sobre la que más tarde escribiría:

Como tenía esposa, nadie podría cuestionar mi hombría. El mero hecho de no poder relacionarme sexualmente con mujeres no me convertía en gay. Sin duda aquello me permitió «salir del armario» de manera mucho más pública y agresiva que si hubiera sido de otro modo. Pero aun así pagué un precio. Perdí amigos. Lo más difícil para Barb, según me dijo, fue la «comprensión» de sus amigos heterosexuales. «¿Cómo puedes soportarlo?», le preguntaban. Se negaban a aceptar que a ella no le preocupara tanto.

Durante los dos años siguientes, mi padre contribuyó a la organización del Frente de Liberación Gay de Atlanta, uno de los cientos que se crearon en las universidades estadounidenses a raíz de lo ocurrido en Stonewall. También fue nombrado editor gay del semanario alternativo *The Great Speckled Bird*, todo ello mientras compartía vida y cama con su mujer.

Y entonces, en una cálida noche de primavera de 1970, cuando llevaban un año casados, mi madre entró en la habitación que era el refugio de mi padre, que estaba allí sentado, y muy seria y sin que hiciera falta empezó a colocar bien las sillas y a ordenar las pilas de papeles que inundaban su escritorio. La imagino con una vaporosa blusa roja y una minifalda marrón de pana, que dejaría al descubierto sus muslos cada vez que se inclinara a recoger algún papel perdido. Mi padre observó con admiración su cuerpo compacto, femenino, la eficiencia de sus movimientos. Finalmente, después de enderezar un calendario que colgaba en la pared, se encaró a él.

En su diario, mi padre dejaría constancia de que mi madre, iluminada por la luz verdeazulada y burbujeante de los acuarios, parecía una criatura marina. Sus ojos grandes lo parecían aún más por efecto del lápiz y el rímel, y él la imaginaba como la mala de alguna cueva submarina.

—Estoy embarazada —anunció ella.

—Creía que llevabas puesto el DIU.

—Me lo saqué. ¿No te acuerdas?

20¢ The Great speckled The BIRD

25¢ outside
Atlanta

The Christopher Street Story

Cops have been busting and harrassing gays for years.



ONE DAY IN JUNE, 1969, GAYS DECIDED TO FIGHT BACK. FOR HOURS THERE WAS A FULL SCALE RIOT ON CHRISTOPHER STREET IN NEW YORK. MANY WERE STILL BUSTED HOWEVER.



ONE BROTHER ARRESTED, FEARING PUBLIC EXPOSURE, JUMPED OUT OF THE PG- STATION WINDOW. HE WAS IMPALED ON THE FENCE BELOW.



POLICE RESPONSE? THE BROTHER WAS CHARGED WITH RESISTING ARREST!



WHEN NEWS OF THIS STREET ACTION & MARTYRDOM GOT OUT, GAYS DID WHAT THEY HAD NEVER DONE BEFORE. THOUSANDS MARCHED IN PROTEST— OLD AS WELL AS YOUNG, CONSERVATIVE AS WELL AS RADICAL. THIS GAY PRIDE WEEK AND THE GAY LIBERATION FRONT WAS BORN.

GAY SISTERS AND BROTHERS ARE OPPRESSED IN ATLANTA, GA. TOO.



... BY ALMOST EVERYONE



THIS IN ATLANTA, AS ALL OVER THE COUNTRY, GAYS ARE MARCHING AGAIN. WE CALL FOR A REPEAL OF ANTI-GAY LAWS AND FOR AN END TO JOB DISCRIMINATION.



STRAIGHT-IDENTIFIED SISTERS AND BROTHERS ARE JOINING HANDS WITH US IN SOLIDARITY. YOU DONT HAVE TO BE GAY TO MARCH AGAINST GAY OPPRESSION.

MARCH JUNE 27 SUNDAY 12 NOON

STARTS 7th & PEACHTREE TO PIEDMONT PARK RALLY

SMASH GAY OPPRESSION!



The Great Speckled Bird, cubierta de Steve Abbott, 28 de junio de 1971. Cortesía de Special Collections and Archives, biblioteca de la Georgia State University.

No, él no se acordaba. Al cabo de un momento, preguntó: —¿Crees que debemos seguir adelante? La verdad es que no nos veo con un bebé aquí. —Con un gesto circular señaló el apartamento, que parecía encogerse por momentos.

—Quiero tener el bebé.

—No sé si estamos preparados... Y está la cuestión del dinero. Aun con tu sueldo y el dinero de mi beca, casi no llegamos a final de mes. Vaya... que si quieres abortar, ya sabes que estaré a tu lado.

—Quiero tener el bebé.

Mi padre se sentía como Flash Gordon atado a su silla en aquel universo subacuático. De pronto el aire se volvió denso, sofocante. Escrutó la habitación en busca de una vía de escape. Pero la sirena serpentina movió la lengua y repitió su deseo: «Quiero tener el bebé».

Cinco años antes, en el invierno de su primer curso universitario, mi madre había pedido permiso para ausentarse del Smith College y se había trasladado a Chandler House, una maternidad para jóvenes embarazadas situada en Evanston, Illinois, a tres horas en coche de la casa de sus padres. Aquel fue un periodo difícil. Mis abuelos se esforzaron mucho para mantener en secreto el embarazo de mi madre, que suponría una vergüenza para la familia en su pequeño pueblo del Medio Oeste estadounidense. Mi madre ingresó en la maternidad con un nombre falso, y no regresó con sus padres hasta después del nacimiento del bebé. Los registros que se conservan en el centro indican que mi madre pasaba mucho tiempo sola, que a menudo leía o paseaba por la orilla del lago Michigan aunque hiciera mal tiempo. Tras el nacimiento de su hija, en mayo de 1965, firmó un documento para entregarla a unas personas a las que no conocía.

Durante aquellos cinco meses pasados en aquella maternidad, mi madre llamaba a mi abuela casi todas las noches. Mi tío David, que por entonces tenía diez años, recuerda que, cuando

descolgaba el teléfono, la oía llorar. La calefacción en las habitaciones era insuficiente, se quejaba a mi abuela. La directora del centro era antipática. A partir de entonces, mi madre dormía todos los inviernos tapada con una manta eléctrica. Era una manta de color verde rana y de textura suave y trama gruesa. No soportaba el frío, según me contó mi padre.

Así pues, en aquella primavera de 1970, mi madre le dijo a mi padre que quería tenerme. Tal vez creía que tener un hijo lo cambiaría, lo convertiría en un esposo más atento o haría que se olvidara de su joven amante, un estudiante rubio y delgado que se llamaba John Dale. En sus diarios, mi padre recordaba que ella le había dicho que, si quería irse, podía hacerlo.

Imagino su conversación, a mi padre cruzando y descruzando las piernas. Echaba la ceniza del cigarrillo en un cenicero que era la concha de un molusco, y que reposaba en una mesa auxiliar, pero no decía nada. Ella leía las dudas y el miedo que se dibujaban en su rostro, y entonces le planteó un pacto.

—Si tengo el bebé y a ti te resulta demasiado, puedes separarte de mí. No te perseguiré. Ni siquiera te obligaré a pagar la manutención. Asumiré plenamente mi responsabilidad.

Mi madre aspiró hondo y suspiró. Abrió mucho sus ojos castaños y los entornó, clavando la mirada en mi padre. Él, ahí sentado, con ella de pie, junto a él, se sentía como un niño pequeño. No tenía argumentos que aportar. «Estamos casados —escribió en el diario—. Ella es libre de ser ella misma. ¿Cómo puedo impedirselo?»

John Dale me contó que la lluvia caía mansamente sobre las calles flanqueadas de robles que llevaban al hospital de la Universidad Emory la noche en que nací. Él estaba sentado junto a papá en uno de los pasillos. Mi padre se fumaba un cigarrillo y hablaba, nervioso, mientras esperaba a que naciera su hijo.

—A veces me descubro deseando que sea niño y entonces

me digo: «¿Y por qué quiero eso?». —Mi padre cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, y empezó a mover rítmicamente el pie que le quedaba colgando, a un lado y a otro—. ¿Es porque... me han educado para que prefiera a un niño? ¿O es que necesito ver una versión de mí mismo reflejada en este bebé?

John se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa fugaz.

Seguían conversando cuando una enfermera apareció tras una puerta lateral.

—¿Señor Abbott? Su mujer ha dado a luz a una niña sana. Ahora está descansando, pero puede ver al bebé por la ventana de la *nursery*, al fondo del corredor.

Mi padre se plantó frente a aquella ventana, tan cerca del vidrio que lo empañaba con el aliento. Escrutó los muchos rostros de los bebés en busca del mío. En una carta que me escribió más tarde, describió a todos los bebés como «frutas expuestas en una frutería». Cuando encontró el que llevaba la etiqueta con el apellido «Abbott», estudió mi cara y se preguntó si sería como Angela Davis, la militante de las Panteras Negras conocida por su pelo a lo afro y su puño en alto en los tribunales de justicia. «Mi esperanza era que agarraras el mundo por las orejas —escribió— y te unieras a la revolución por el Bien.»

Pero no me llamaron Angela. Mis padres querían para mí un nombre compuesto, digno de cualquier chica sureña que se preciara, según me explicaría después mi padre, como Peggy-Sue o Betty-Joe. Después de rebuscar en libros de nombres en el hospital, mis padres decidieron ponerme Alysia-Rebeccah, que, traducido, significa «pacificadora cautivadora». Para abreviar, me llamaban A-R.

Más tarde, en la habitación del hospital, mi madre estaba tumbada en la cama y me tenía a mí apoyada sobre el pecho. Le dolía todo el cuerpo. Al ver a mi padre, sonrió y me puso a mí en sus brazos. Yo era más pequeña de lo que se imaginaba, no sabía cómo sujetarme, y mi madre se echó a reír y le enseñó a hacerlo. Mi padre me contó que yo me retorcí como un

pequeño reptil en sus manos, y que me meé en su brazo. Él estaba encantado.

DOMINGO

Alysia — 1 huevo, 1 bol de cereales, 2 rebanadas de pan, 1 bol de fruta.

Barbara — 1 tostada + mantequilla, 1 zumo.

Steve — 2 tostadas + mermelada.

Steve — 3 lonchas de beicon, 2 huevos, 4 rebanadas de pan, 1 vaso de zumo.

Barbara — 1 rebanada de pan, queso. Nube de azúcar. Zumo. 1 puñado de frutos secos con pasas.

Alysia — 6 cucharadas de yogur, ¼ de bol de ciruelas, 1 nube de azúcar.

Esta nota es una sorpresa en medio del diario de 1971 de mi padre. Es la única vez que he visto cómo era la letra de mi madre. A diferencia de la de mi padre, apretada y sinuosa, la de ella es pulcra y controlada, algo ladeada a la derecha, inclinada hacia el futuro. Escribe con un rotulador azul, de punta fina. Tal vez anden cortos de dinero. Tal vez esté preocupada por nuestra nutrición. Se trata de una letra preocupada, de una letra amorosa, maternal, que escribe sobre las comidas del día.

Una semana antes mi padre había perdido su empleo en el Centro de Salud y Deficiencias Mentales de Atlanta, un empleo que mi madre le había ayudado a conseguir. Así que durante aquellos meses, mientras ella seguía estudiando su máster en psicología y trabajaba todos los días en la clínica, mi padre se dedicaba a dibujar tiras cómicas y a venderlas a publicaciones *underground*. Además, se quedaba en casa con su hija de dieciocho meses, ejerciendo el revolucionario papel de «amo de casa».

Cada día, después de llamar por teléfono y enviar propuestas de trabajo a distintas publicaciones, papá me metía en el

cohecito y me llevaba al parque Lullwater. De una bolsa de papel iba sacando pedazos de pan seco y me los daba para que yo se los diera a los patos. A mí me encantaba ver a los patos chapotear y oírlos graznar mientras luchaban por devorar hasta la última migaja.

A causa de las estrecheces económicas, mis padres habían trasladado sus acuarios a un apartamento más grande, que compartían con un compañero de piso, un estudiante contrario a la guerra que se llamaba Bill. Una tarde, al volver del trabajo, mi madre se encontró a mi padre sentado con Bill y sus amigos Jeff y Phoenix en el sofá, mientras yo jugaba sobre la alfombra oriental con una jirafa rosa de cuerda de la que salía música. Mi madre declaró que experimentaba «intensos sentimientos de amor» por todos ellos. Mi padre me explicó que a ella le gustaba imaginar que todo el mundo formaba parte de una gran familia.

Mi madre me levantó del suelo y me sentó en el sofá, mientras mi padre retomaba el debate sobre *La muerte de la familia*, de David Cooper, que había sido interrumpido por su llegada. «Cooper muestra que la institución familiar está plagada de violencia sutil, con la que se pretende anular al individuo.» La conversación se interrumpió de nuevo cuando sonó el teléfono. Respondió mi padre. «¡Es John!» Se llevó el teléfono a la otra habitación, pero a través de la puerta acristalada mi madre era testigo de su entusiasmo contenido. John estaba pasando el verano con su familia, en Saint Louis.

—¿Cómo está Alysia? —le preguntó John.

—Increíble. Tenemos una conexión telepática. Es como si supiera lo que piensa en cada momento, incluso cuando no dice nada. Barbara cree que no me ocupo lo bastante de ella. Pero yo creo que A-R siente la seguridad de un amor profundo cuando está conmigo.

John le informó de que ese fin de semana iba a venir desde Saint Louis, y mi padre apenas consiguió disimular su emoción.

—¿En serio? ¿El viernes?

Mi madre me levantó del sofá y se metió en el cuarto. Papá se sintió avergonzado, y cubrió el teléfono con gesto protector.

—Ahora está haciendo una escenita en la habitación de Alysia. Tengo que colgar.

Jeff y Phoenix llevaban toda la tarde dándose viajes de mes-calina. Mi madre los llevó a casa en coche mientras mi padre cuidaba de mí y picaba un poco de la lasaña que había en la cocina. Al cabo de veinte minutos mi madre regresó y se echó a llorar. El rímel le resbalaba por las mejillas.

—¿Por qué no paras de hablar de los males de la familia, y delante de los demás? Si tienes algún problema conmigo, dímelo y ya está.

—¡Tu reacción no hace más que demostrar que tengo razón! La estructura familiar es corrosiva. Alimenta la paranoia y la hostilidad.

—¡Déjalo ya! —le cortó ella—. ¿Nunca se te ocurre que tienes que crecer?

—¿Te he hecho feliz alguna vez? ¿Te has sentido alguna vez plena conmigo? —Al notar que empezaba a gritar, mi padre intentó calmarse—. O, suponiendo que yo fuera todo lo que tú quisieras que fuera... Seguramente seguirías siendo desgraciada. Tal vez seas de esas personas que siempre quieren más.

Mi madre se echó a llorar de nuevo, y, conmigo en brazos, se fue a la otra punta de la casa. Mi padre la siguió.

—Las cosas se han caldeado demasiado por aquí —dijo—. Creo que lo mejor para los dos sería que yo me fuera durante un tiempo. El otro día estuve hablando con Larry. Tiene sitio en San Francisco y me ha invitado. Creo que voy a aceptar.

En enero de 1973, mi padre me envió una carta ilustrada:

LO QUE ESTÁ HACIENDO PAPÁ

Los pies de papá son grandes. Los pies de Alysia son pequeños.

Hoy papá ha sacado sus pies de paseo por el parque.

Por el camino, papá ha hablado con las flores.

—¡Hola, flores!

Papá ha visto un perrito. El perrito ladraba y meneaba la cola.

—¡Guau! ¡Guau!

Pero papá está pensando en Alysia y en mamá.

Cuando Alysia se duerma, papá le dará un besote a Alysia.

Pronto papá se montará en el coche y volverá a casa.

Y entonces papá podrá jugar de nuevo con Alysia.

—Hola, niña. ¡Uauu!

Entonces iremos otra vez a ver a los patos. Alysia podrá darles de comer.

—¡Cua, cua!



WHEN ALYSIA IS ASLEEP
DADDY WILL GIVE ALYSIA
A BIG KISS.

«Cuando Alysia se duerma, papá le dará un besote a Alysia.»
Detalle de una carta de 1973.

Mi padre se fue en coche desde Atlanta hasta San Francisco, y allí se quedó seis meses explorando la ciudad y vendiendo sus cómics donde podía, en varios sitios, entre ellos la editorial Last Gasp, que publicaba la revista *underground Zap Comix*. S. Clay Wilson, el dibujante que había detrás del personaje de Checkered Demon, de Zap, ya era amigo de mi padre en

Nebraska, y le presentó a varias personas, pero le interesaban poco las tiras cómicas de mi padre, de temática gay. Cuando no trabajaba, hacía incursiones en las numerosas librerías de la ciudad, iba a los bares y a los cafés, desde donde le escribía cartas a mi madre, que seguía en Atlanta.

Una noche, telefoneó.

—Me he sentido en paz estado aquí solo —le dijo—. Algunas veces eso lo he sentido estando con John. Pero contigo, normalmente, hay una sombra de ansiedad, cierta preocupación por el pasado, o por el futuro. Me cuesta imaginarme estando (simplemente estando) contigo. A veces creo que no eres capaz de dejar que las cosas sean.

—Yo solo quiero que las cosas nos vayan bien.

—Yo creo que las cosas nos irán mejor si eres capaz de encontrar más satisfacciones por ti misma, sin construir tanto tu vida a mi alrededor. Tal vez unas vacaciones largas podrían ayudar. ¿Por qué no me llevo a A-R con mi familia, a Nebraska, y así tú puedes divertirte un poco más en Atlanta?

—No —respondió mi madre—. No quiero que los dos viajéis juntos sin mí. ¿Y si ocurriera algo? Me quedaría sola.

Poco después de volver de San Francisco, quedó claro que las ideas de mi padre sobre su matrimonio no habían cambiado:

6 de junio de 1973. Al ir a San Francisco, era fácil volver a nacer. Cómo seguir renaciendo aquí, en medio de unos líos que me resultan tan conocidos... Ese es el reto. Ir a Stone Mountain [en Atlanta] con Barb y Alysia fue divertido al principio, pero después se convirtió en un deber cansino que degeneraba hacia una sensación insoportable de sentirme atrapado, oprimido y vampirizado. ¿Por qué me ocurre eso? ¿Es por mi idea loca de que no puedo estar satisfecho con Barbara? Así que, por las noches, me voy al bar, donde la penumbra y el humo de los cigarrillos son el telón de fondo de sonrisas, copas, bailes sudorosos y búsqueda de

sexo con algún hombre atractivo y desconocido que tal vez me eleve por encima de este mundo de rutina en el que me hundo.

Una tarde de julio, después de que mi padre me hubiera ido a recoger a la guardería en la que pasaba el día, mientras mi madre trabajaba, volvió a casa y se encontró con el nuevo novio de mi madre, Wolf, en el salón, preparándose para pincharse lo que a él le pareció que era psilocibina, que había aplastado con una cuchara hasta convertirla en polvo. Wolf se clavó la aguja en el brazo. Nada. Pero enseguida todo su cuerpo se puso rojo, y él empezó a tambalearse por toda la habitación. Su rostro se descomponía como consecuencia de lo que parecía un dolor extremo, y tenía los ojos muy saltones.

—¿Esto tenía estircnina? —dijo entre dientes.

Mi padre se sentía impotente ante las contorsiones, los calambres y los escalofríos de Wolf.

—Si tengo una sobredosis de esto —masculló Wolf con voz ronca— tú sácame a la calle y déjame ahí tirado.

—¿Qué voy a hacer? —La mente de mi padre iba a toda velocidad. Sentía que el corazón le latía con fuerza—. Llamar a John. Pedirle que venga a ayudarme.

Entonces Wolf se desplomó sobre el sofá, levantó una pierna, soltó un pedo y sonrió. En ese preciso instante mi madre regresó del trabajo, y Wolf intentó hacer creer que todo había sido una broma.

«Pero una broma muy macabra —escribió mi padre—, como los dos sabemos.»

Paciente en el Hospital Regional de Georgia en el que trabajaba mi madre y al que había acudido por sus tendencias suicidas, Wolf había empezado a salir con mi madre cuando mi padre estaba en San Francisco. Su madre había matado a sus dos hermanos antes de quitarse la vida. A mi padre le dijo que se trataba de alguien «increíblemente auténtico». Cuando mi padre lo conoció, él también quedó fascinado. Con aquel pelo

largo, lacio, y sus gafas de sol retiradas sobre la frente, Wolf se parecía a Peter Fonda en *Easy Rider*, según escribió mi padre. Y era una persona abierta, vulnerable, y parecía querer a mi madre. Era evidente que la necesitaba de una manera muy distinta a la de mi padre.

Tal vez aquello fuera bueno para ella, pensó mi padre en un primer momento. Al fin parecía estar desarrollando su propia vida emocional y sus intereses. Así que cuando mi madre sugirió que Wolf se fuera a vivir a su casa, mi padre pensó: ¿por qué no? Siempre había compañeros de piso que vivían con ellos en Adair Street. ¿Qué importaba que se instalara allí uno más?

Pero Wolf era distinto. Sus necesidades eran intensas y perentorias. Se metía drogas en vena, y Barbara empezaba a hacer lo mismo. Se pasaban los días juntos en la cama. Ella, por primera vez, faltaba al trabajo, y perdía peso. La casa, que hasta entonces se había mantenido bien barrida y ordenada, estaba hecha un asco. Había basura y papeles por el suelo. En el fregadero, debajo de los platos sin lavar, corrían los bichos. El agua de las peceras estaba turbia, y las algas crecían sin control. Años después, mi abuela recordaría el estado de aquella casa con lágrimas en los ojos.

Dos semanas después, mi padre recibió una llamada telefónica de mi madre. Le pedía que me recogiera en la guardería, porque ella estaba consumiendo MDA con Wolf. Hacia la una de la madrugada, aquella noche, ella regresó a casa llorando. Mi padre sospechó que ella estaba agotada por la tensión que seguía existiendo entre ellos, y porque había tomado «demasiadas drogas».

A la mañana siguiente, muy temprano, mi madre despertó a mi padre porque había tenido una pesadilla horrible y quería contársela. Su acuario se había roto, y todos los peces se habían caído a la calle. Nadie la ayudaba a salvarlos. Después de escu-

charla y calmarla, mi padre volvió a quedarse dormido, pero una hora después ella volvió a despertarlo. Mi madre se había caído mientras se paseaba por la cocina, y había roto un vaso.

Diez días después, mi padre estaba sentado, escribiendo a máquina, cuando Wolf se le acercó y le invitó a «meterse un poco de MDA». Papá había probado en una ocasión drogas por vía intravenosa con Wolf y mi madre, pero no le habían gustado, y les había pedido que no se inyectaran en su presencia. Escandalizado por lo que consideraba un «exceso» de Wolf, mi padre le exigió que dejara las drogas o que dejara el apartamento. Para justificar su decisión, le leyó unos pasajes de *El almuerzo desnudo*, de William Burroughs, con la esperanza de convencer a Wolf de que dejara las drogas por sí mismo. Después de horas escuchando en silencio, impenetrable, Wolf, finalmente, le prometió dejar todas las drogas «excepto la hierba», durante tres meses.

Aquella misma noche, más tarde, John Dale llamó y mi padre le contó los problemas que tenía con Wolf. John le sugirió que se fuera del apartamento.

—No puedo —dijo mi padre—. Si no por el bien de Barbara, al menos por el de A-R.

Ocho días después Wolf fue detenido en el norte de Michigan por cruzar la frontera canadiense con drogas y armas. Mi madre anunció que pensaba conducir hasta Michigan al día siguiente para pagar la fianza. «¿Cuánto tiempo más puede durar esto?», se lamentaba mi padre en su diario.

La noche siguiente recibió una llamada telefónica de mi madre desde Michigan.

—Han retirado los cargos contra Wolf. Vuelvo con él a Atlanta. Llegaremos el domingo.

28 de agosto de 1973. Llovía en Atlanta cuando, al amanecer, una llamada telefónica despertó a papá. El hospital de Knoxville

intentaba localizar al padre de Wolf, para informarle de que «sufre múltiples heridas».

—¿Y Barbara Abbott?

Indicaron a mi padre que contactara con el hospital de Sweetwater, Tennessee.

—¿Y Barbara Abbott? —preguntó de nuevo.

Después de mucho titubear y balbucear, el director del centro dijo que mi madre había «fallecido». Mi padre empezó a temblar. «¿Qué hacer? ¿Qué hacer?» Llamó a mis abuelos maternos, que vivían en Kewanee, Illinois. Fue mi abuela la que descolgó el teléfono. Él le pidió que le pasara a mi abuelo, pero antes de que este se pusiera, le adelantó a ella:

—Tengo malas noticias. Ha habido un accidente.

—¿Qué accidente?

—Barbara ha fallecido.

—¿Qué estás diciendo? —gritó mi abuela al teléfono.

—Barbara está muerta.

—¡No, Dios mío, no!

Y colgó el teléfono.